

que come carne, á lo menos cuando lo prohíbe la Iglesia, y, lejos de dedicarse al misticismo, apenas cree en Dios, ha perdido todos aquellos dominios.

## II

### MÁS CRONIQUERIAS

#### I

#### Progreso cangrejil.

La conocida teoría de que los nombres suelen estar en contradicción con las cosas y con las personas que los lucen, no quiebra, ciertamente, por el lado de nuestros progresistas, que, llamándose así, *progresistas*, á boca llena, son la gente que menos progresa y la más atrasada del mundo.

Ahí los tienen ustedes defendiendo fervorosamente el jurado y entusiasmándose con él como con una gran conquista de la civilización, cuando representa una regresión, cuando es la vuelta al salvajismo, al régimen de la tribu nómada, cuyos individuos se reunían en tribunal (todavía lo hacen así los gitanos) para castigar un delito.

Ahí los tienen ustedes también clamando

todos los días por el servicio militar obligatorio, que es un retroceso á la barbarie, al tiempo en que los hombres tenían que ser todos soldados para poder defender su tribu contra los asaltos de la vecina, como tenían que ser también todos labradores para sembrar y recoger lo necesario al propio sustento, y todos zapateros para calzarse, si se habían de calzar, y todos sastres para coserse el poco vestido que hubieran de usar, si usaban alguno.

Y, si como se ve, no quiebra la susodicha teoría por los progresistas en general, tampoco quiebra en particular por el doctor Pulido, tan atrasado de noticias literarias como cualquier otro progresista de los más cerriles.

Ustedes conocerán seguramente, cuando menos de nombre, al doctor Pulido; porque se exhibe bastante en los periódicos, y, además, en una etapa progresista creo que fué Director general de Sanidad y no sé si también de Beneficencia...

Digo que no sé, porque estas dos Direcciones andaban juntas; mas como los Gobiernos regeneradores que disfrutamos, ó viceversa, siempre están dando vueltas á las cosas, con el fin, ó cuando menos con el resultado de ponerlas cada vez peor, francamente, no sé si á estas horas (desconcertadas por Dato) la Beneficencia y la Sanidad andan juntas ó separadas, ó si se ha suprimido la Beneficencia, como función general de Gobierno, para dejar

que cada gobernante la ejerza exclusivamente con su familia...

Es lo mismo; pues la tal Dirección de Beneficencia tampoco solía beneficiar á nadie más que á los directores y demás empleados á quienes proporcionaba sueldo.

Bueno; pues volviendo al doctor Pulido, ya habrán visto ustedes que escribe mucho, pero no sé si habrán notado que lo suele hacer mal, como un verdadero progresista, es decir, con un atraso lamentable.

Suele firmar así: *Doctor Pulido*, como si le hubieran puesto *Doctor* en la pila; lo cual ya es un indicio progresista, porque denota hinchazón y atraso, signos característicos de la raza. Especialmente atraso...

Y luego, en cuanto se pone á escribir, habla constantemente en plural y se da á sí mismo el tratamiento de *nos* como el Papa.

Y como los progresistas del año 42 del otro siglo, que eran unos verdaderos papa-moscas.

Una vez, con motivo de haberse muerto un anciano catedrático de la Facultad de Medicina, publicó el doctor Pulido, con su firma ordinaria, en *El Liberal*, un articulejo pobre y vulgar en elogio del difunto, y decía hablando de sí mismo:

«*Conservamos* todavía un recuerdo muy vivo de la *seductora*... impresión que sus lecciones *nos* causaron... sin duda alguna fueron las que más hirieron *nuestra* imaginación y

*nuestro* espíritu de cuantas *oímos* en la carrera, y eso que en ella *hubimos...*»

Nada; el doctor no se ha enterado aún de que todo eso está mandado retirar desde el principio del siglo pasado; y no contento con ensartar todos esos finchados plurales, comienza un párrafo de esta manera:

«FUIMOS alumno...»

¡Progresistón! No se dice así. ¿No ve usted que eso es una simpleza?...

Y además una mala concordancia.

¡Fuimos alumno!...

¡Qué habían ustedes de ser alumno!

De ser, serían *ustedes alumnos*. Y tampoco; porque usted no pudo ser dos alumnos.

Gracias que fuera usted uno bueno; que lo voy dudando, al ver lo mal que escribe.

No, señor, no se escribe así: eso de *fuimos alumno* es un solemne disparate.

Para que usted lo entienda, señor doctor Puido... ¡Y que á los doctores haya que enseñarles estas cosas!...

Para que usted lo entienda, ese tratamiento de plural no pueden usarle más que las personas constituídas en dignidad elevada, pero mucho más elevada que la de director general de un ramo así de poco más ó menos; y, aun esas personas, solamente cuando hablan ó escriben en funciones de su elevado cargo, no cuando escriban articulillos necrológicos.

Habla así, como usted, en plural diciendo

*nos* con relación á sí mismo, el Papa cuando se dirige á los fieles cristianos, de que es jefe supremo: habla así el Obispo cuando se dirige á sus diocesanos... y, casi, casi, pare usted de contar.

Porque los reyes... ¡Con decirle á usted que ni los reyes se suelen dar ese tratamiento sino en muy raras ocasiones!...

Verdad es que los reyes de ahora andan muy democratizados. Pero si los reyes andan así ¡figúrese usted cómo andarán los doctores, aunque hayan sido directores generales!

¡Ah! Y, por supuesto, que ni el Papa ni los Obispos, que se llaman *nos* en los actos oficiales, hablan así cuando cuentan á alguna persona recuerdos de su niñez: no, tampoco dicen *fuimos alumno*.

Eso nunca.

En los periódicos se suele decir, y usted habrá leído: «No estamos conformes con... *tal cosa*; no podemos menos de reconocer... *tal otra*».

Pero eso está bien y muy en su lugar en artículos no firmados, porque allí el *no estamos* y *no podemos* se refiere á los cinco, seis, diez ó veinte escritores que forman la redacción del periódico.

También en los libros ó en artículos de periódicos firmados se puede usar y se usa el plural cuando se introduce al lector en la acción, verbigracia; «Quedábamos, lector bené-

volo (quedábamos tú y yo), en *tal ó cual* cosa; vamos ahora á examinar (tú y yo) tal ó cual otra...»

Pero ninguna de estas formas admitidas autoriza para decir *fui*mos alumno...

Conque, adiós, doctor. Que no vuelva usted á decir *FUIMOS* alumno ni á defender á los judíos de Bulgaria. Porque en esto tambien se iba usted ya poniendo un poco fastidioso.

Como que había quien trataba de proponer y pedir algo al Gobierno que le declarara á usted *judío honorario*.

## II

### Un flaco servicio.

Al poco más ó menos, lo mismo que el doctor Pulido viene á escribir el doctor Salillas.

Digo, apuradamente, yo no sé de cierto si este es doctor, porque no firma doctor, sino Rafael; pero de que escribe mal estoy seguro.

Y creo que toda la culpa se la tiene el haber estudiado en Huesca; porque tiene él una idea tan equivocada de lo que es haber estudiado en Huesca, que se le debe de figurar que el que estudió en Huesca de muchacho, aunque fuera poco, ya no necesita volver á estudiar nada en su vida. Tal es la importancia que da al hecho de haber estudiado en Huesca.

Y es claro; como en Huesca parece que no le enseñaron bien la lengua castellana ó él no la aprendió, y después no la ha vuelto á estudiar, no la sabe; y escribe, hablando del señor Ramón y Cajal, á cuyo elogio dedica una *crónica*:

«El anuncio de la publicación de la autobiografía del insigne histólogo me hace recordar vivamente la época en que *lo* conocí.»

¡Ah! ¿*Lo* conoció usted?... ¿Y qué fué lo que conoció?... Porque si ha querido usted decir que conoció al insigne histólogo, no ha debido usted decir *lo*, sino *le*, que es el acusativo masculino del pronombre él, mientras que *lo* es para lo neutro, para lo indeterminado, para lo impersonal, para lo abstracto...

Así, por ejemplo, si al decir yo que escribe mal el Sr. Salillas me preguntaran:

«¿Cuándo *lo* ha conocido usted?», entendería yo que me preguntaban cuándo había conocido *que escribía mal el Sr. Salillas*. Y lo mismo entendería cualquiera que hablara y escribiera regularmente el castellano.

Pero el Sr. Salillas, si le hicieran respecto de otro la misma pregunta, dudaría si le preguntaban cuándo había conocido que el escritor escribía mal, ó cuándo había conocido al escritor.

Por eso, refiriéndose á un hombre, hay que decir «*le* conocí» y no «*lo* conocí», como dice el Sr. Salillas.

Y no importa que el Sr. Salillas se aplique cuanto quiera á poner *lo* en lugar del sujeto sustantivo, animado y personal; no importa que llegue á poner tres *loes* de esos en cuatro líneas y diez en el artículo: es lo mismo que si pusiera treinta: todos estarían mal puestos, como *lo* están los diez que pone.

Porque esa construcción basta y antigramatical no tiene de su parte la autoridad de los buenos escritores.

Si en algún libro de alguno de aquéllos se encuentra un *lo* como acusativo masculino, es que se le ha puesto algún impresor catalán, ó valenciano, ó americano ó andaluz, pues de todas estas filiaciones los ha habido tan irrespetuosos como ignorantes.

Y si realmente algún buen escritor hubiera escrito un *lo* de esos del Sr. Salillas, habría que explicar el caso por aquello del *quando-que bonus dormitad Homerus*, y no seguirle, como no le ha seguido el uso culto y razonable.

Mas no se crea que la única gracia, ó la única desgracia del Sr. Salillas es la de escribir *lo* en lugar de *le*, escribir *intelecto* en lugar de entendimiento, y otras cosas por el estilo... No; aparte de la de escribir mal, gracia ó desgracia, como ustedes quieran, tiene también la de que le resulten al revés las cosas.

De lo cual tienen ustedes la prueba á la vista. Con el título de *La isla de Cajal*, escribe el

señor Salillas una *Crónica* á beneficio de aquel ilustre médico, tratando de ponerle en las nubes, y poniéndole, en realidad, como un trapo.

Veán ustedes:

«Los panegiristas de Cajal—dice el señor Salillas—reconocen que no ha tenido maestros, que se ha formado solo... No ha tenido maestros... *Ni los quiso tener, añadiría yo.*»

Conste que este *yo* no soy yo: quien acusa al señor Cajal de no haber querido maestros es el señor Salillas, su admirador fervoroso.

Y además dice:

«Aquel muchacho *de apariencia arisca, no muy sociable, que se aislaba siempre que podía, y que por su actitud de reconcentración reflexiva siempre estaba aislado*, era clasificado entre los caracteres que según Juan Huarte—otro escolar de la Universidad de Huesca—llaman los toscanos *caprichosos*, por su semejanza con las cabras que viven aisladas en los cerros...»

¡Pobres cabras! ¡Tan calumniadas por los académicos y los estudiantes de Huesca...!

¡Y pobres toscanos, que también resultan *caprichosos* por la mala sintaxis del Sr. Salillas!

Mas volviendo á las cabras... ¡dale que han de ser *caprichosas* y que se han de aislar! cuando no hay animal que encabañe mejor ni que sea más sociable. Como que tienen hasta instinto de familia; pues dentro del rebaño for-

man corros al acostarse en la corte ó en el ses-til, y la madre y las hijas que ya son madres también, y las nietas y las biznietas, suelen hacer corro aparte, echándose unas junto á otras.

Y luego, ¿para qué traer á las pobres cabras á cuento?...

¿Qué culpa tienen ellas de que el señor Cajal fuera mal estudiante?...

Según dice el Sr. Salillas, que yo no lo creo á dos tirones; porque si no hubiera estudiado no sería hoy una eminencia científica.

Pero el Sr. Salillas sigue diciendo:

«Cajal, en la época que lo conocí, no fué discípulo de ningún catedrático.

¡Y así lo trataron ellos más de una vez!»

Esto quiere decir que le solían dejar suspenso: casi no puede estar más claro.

Pero más claro lo pone todavía el *cronista* diciendo:

«El instituto no lo atraía... Iba cuando iba, á la cátedra».

Es decir que corría los toros... ó los novillos...

¡Pobre Sr. Cajal! ¿Qué necesidad tendría su *cronista* de contar estas cosas desfavorables?

Porque, ciertamente, hoy es en su Facultad una eminencia universalmente reconocida; mas á cualquiera se le alcanza que no lo es por haber sido mal estudiante, sino á pesar de haberlo sido.

Pero bien mirado, ¿por qué privilegio había de haber salido el médico ilustre de manos del Sr. Salillas mejor librado que el idioma?

\* \* \*

Tiene chiste la *isla*, es decir, la *crónica* del Sr. Salillas hablando de la *isla*.

Advirtiendo á ustedes á tiempo, porque no me gusta engañar, que el chiste de la *crónica* de la *isla* no es otro que el que resulta del fracaso, de la desproporción entre el éxito y el intento; ó sea, de querer á todo trance pasmar al lector y no lograr más que hacerle sonreirse; de empeñarse en entusiasmarle, y acabar por dejarle frío.

Queriendo el cronista favorecer al Sr. Ramón y Cajal y haciéndole en realidad un flaco servicio, después de decir en mal castellano, que «el Instituto no lo atraía» y que «iba á clase... cuando iba», como quien dice, de hijos á brevas y como perro por sogá, añade el Sr. Salillas con cierto misterio: «Su inclinación era muy otra.»

La cosa parece que promete, ¿no es verdad?

Pues, nada; ya verán ustedes cómo no cumple.

Porque dice:

«Al dejarse llevar de su tendencia salía al campo libre...»

Aquí recuerda uno sin querer aquello de

Al campo, D. Nuño, voy...

Pero luego se convence de que no va por ahí la cosa, pues la continuación es como sigue: «...salía al campo, libre, solo generalmente, alguna vez con muy pocos amigos, que *lo* secundaban (¡váyase por Dios!) más bien que *lo* comprendían, y en largas ó en pequeñas expediciones (lo mismo da) sentía siempre la contrariedad de tener que volver.»

¿...?

Sigamos á ver en qué para:

«Por su gusto hubiera marchado sin detenerse»...

Como el judío errante:

... Y anda... y anda,  
Porque el señor (1) se lo manda

«sin detenerse, sin hacer etapas hasta encontrar *una cosa* en la que *creía* con la misma *evidencia* que el descubridor del Nuevo Mundo creyó en la existencia de las Indias».

Bueno; probablemente Colón no creyó en la existencia de las Indias (llamando así á las Américas) sino después que las encontró.

Lo que parece que creyó y se propuso fué llegar por el mar de Occidente á la India, á las regiones orientales del mundo conocido, más pronto que marchando hacia el Oriente; por que tenía idea de que la tierra era esférica,

(1) Salillas.

pero creía que era mucho más pequeña de lo que es.

Aparte de que eso de creer con *evidencia* es algo semejante á ver con los ojos cerrados; un contrasentido... mas ¿por qué ha de saber un modernista distinguir la creencia de la evidencia?

Dejemos esto á un lado y sigamos hacia la *isla*.

«La primera vez —dice Salillas— que merecí una confianza de Cajal, fué leyéndome una novela que *escribía é ilustraba*.»

Todo mal, por supuesto. ¡Figúrense ustedes lo que podrían ser una novela y unas ilustraciones hechas por un rapaz del Instituto de Huesca, que, á mayor abundamiento, era mal estudiante!

Aparte de que la cosa tampoco es rara ni peculiar de los genios. ¡Bah...! ¡son tantos los muchachos que en vez de estudiar empiezan á escribir novelas y luego no sirven para nada!

Pero sigue Salillas:

«No sé cómo *lo* admire más...»

¿Y qué fué lo que usted admiró? ¿que Cajal le leyera su novela?

Eso es lo que se entiende; aunque usted quiere decir que admiró á Cajal.

«No sé cómo *lo* admiré más: si como novelista ó como dibujante...»

¿Lo ven ustedes? *A priori* dije yo que la novela y las ilustraciones serían malas; pero

ahora queda probado que lo eran á carta cabal.

¡Si las admiró el Sr. Salillas!

¡Pues vaya un voto!

Tengo yo para mí... y también para ustedes, en confianza, que aun hoy, de grande, no tiene muy buen gusto literario el Sr. Salillas; conque figúrense ustedes el que tendría entonces, y midan por ahí el valor que, en elogio del Sr. Ramón y Cajal, puede tener aquella admiración del Sr. Salillas.

¿Verdad que parece mentira que se escriban ciertas cosas en serio?...

Y sigue:

«Aquella novela, que entonces no la podía comparar, la clasificaría ahora entre las *robinsonianas*.»

Naturalmente. El chico había leído ó le habían contado las aventuras de Robinsón, y las copiaba de su letra.

Me lo figuré en seguida; pero, además, lo dice el Sr. Salillas al darnos idea de la novela:

«Un naufragio, la salvación en un leño, el arribo á una isla desierta...»

¿Lo ven ustedes? ¡Claro! *Robinsoniana*, ó, más bien, *Pardobazaniana*, es decir, *plagiana*...

Continúa Salillas:

«Todo esto no tendría nada de particular...»

No; y, efectivamente, no lo tiene.

«Lo importante es que...»

Vamos á ver qué es lo importante.

«Lo importante es que la novela coincida

con la *acción personal* y que esa acción conduzca á un *resultado efectivo*.»

—¿.....?

—No; yo tampoco lo entiendo; pero si-gamos.

«Cajal — dice — era un novelista *de acción*.

Nos leía su novela y la representábamos juntos... En los sotillos del Isuela se vieron á la hora del baño algunos salvajes pintados con el lodo de la orilla, saltando... y manejando con habilidad sus arcos...»

¡Y que harían muy bien sus papeles de salvajes!; no tengo duda...

Especialmente los que iban para librepensadores... que viene á ser lo mismo.

«No fué una representación de cómicos, sino una representación *accional*...»

—¿.....?

—Que ¿qué es eso? El mismo Sr. Salillas parece que va á tratar de explicarlo. Oigá-mosle:

«...lo que quiere decir, la *exteriorización de una idea culminante*.

¡.....!

¿Que ahora lo entienden ustedes menos? Pues á mí me pasa lo mismo.

Pero que siga, á ver.

«Cajal creía y nos hizo creer en la *posibilidad* de que la novela se realizara...»

¿No lo dije? ¡Vaya si era posible!

«Poco á poco la novela, infiltrándose en

nuestro espíritu y avasallándolo, fué tomando proporciones *realizables*, y entonces... decidimos emprender la aventura; pero con una condición motivadora, la de salir suspensos...»

Vamos, para que hubiera naufragio; un naufragio metafórico.

Y, por supuesto, el cumplimiento de la condición les sería facilísimo. No habiendo estudiado...

«Eramos tres...»

Sí, como las hijas de Elena.

Y sigue contando el Sr. Salillas que él se quedó en casa, que los otros dos se marcharon... y volvieron; que la expedición no tuvo éxito, igual que la *crónica*, que concluye de la manera más sosa posible.

\* \* \*

Y, vamos á ver: ¿cree el Sr. Salillas que de ese relato insustancial y trabajoso y desgraciado se deduce que el Sr. Cajal era un genio?...

Lo que se deduce es que de muchacho parecía tonto. Sólo que, aun cuando por regla general todos los que lo parecen lo son, y algunos más, él era la excepción de la regla.

### III

## PAGANDO UNA VISITA

### I

¡Qué gana tienen de hacerse daño algunas personas...!

Lo digo por Mariano Benlliure, que, teniendo ya como escultor una reputación que á cualquiera me parece que le podía satisfacer, se ha echado á escribir y ha publicado en *El Liberal* un artículo bastante largo; pero no bastante pensado, ni tampoco bastante bien escrito.

Se titula: *Una visita á León.—Impresiones acerca de la restauración de la Catedral*, y tiene por objeto principal, según se llega á saber después de haber leído la primera columna, proponer y pedir que en la hermosa Catedral restaurada se pinten de oscuro las piedras nuevas para que no se puedan distinguir de las antiguas.

Lo menos malo que tiene esta petición es el